

que en vuestro estado han sabido hacerse un mérito de sus trabajos y miserias, y felices tambien los ricos que en el estado de opulencia han amontonado tesoros por medio de sus limosnas. Jesu-Christo prepara su gloria para los que lleven su cruz, y por las manos y la oracion del pobre dará entrada á los ricos en sus tabernáculos eternos. Así sea.

DOMINGO IX.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO A LOS CORINTHIOS
Cap. 10. v. 1. 13.

Hermanos : No quiero que ignoreis, que nuestros padres estuviéron todos debaxo de la nube, y todos pasáron la mar, y todos fuéron bautizados en Moysés, en la nube, y en la mar : Y todos comiéron una misma vianda espiritual, y todos, bebiéron una misma bebida espiritual : (porque bebían de una piedra espiritual, que los iba siguiendo : y la piedra era Christo). Mas de muchos de ellos Dios no se agradó : por lo qual fuéron postrados en

el desierto. Mas estas cosas fuéron hechas en figura de nosotros, para que no seamos codiciosos de cosas malas, como ellos las codiciaron. Ni os hagais idólatras, como algunos de ellos: conforme está escrito: Se sentó el pueblo á comer y á beber, y se levantáron á jugar. Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicáron, y muriéron en un dia veinte y tres mil. Ni tentemos á Christo, como algunos de ellos lo tentáron, y fuéron muertos por las sèrpienes. Ni murmuréis como murmuráron algunos de ellos, y los mató el exterminador. Todas estas cosas les acontecian á ellos en figura: mas fuéron escritas para escarmiento de nosotros, en quienes los fines de los siglos han llegado. Y así el que piensa, que está en pie, mire no cayga. No os tome tentacion sino humana: mas fiel es Dios, que no permitirá, que seais tentados mas allá de vuestras fuerzas: ántes hará que saqueis provecho de la misma tentacion, para que podais perseverar.

INSTRUCCION.

Al paso que la Epístola de este dia nos presenta una de aquellas verdades mas consoladoras de nuestra santa religion, el Apóstol deduce la consecuencia mas terrible. Es constante que la ley de los Judíos no fué otra cosa que una disposicion para la ley de gracia. Ellos encontraban en todas las circunstancias de su vida, en todas sus peregrinaciones y sucesos, y en todos los milagros que obraba Dios en su favor, la sombra del establecimiento de nuestra religion santa, y las señales que caracterizaban su nacimiento, y los progresos y prodigios de misericordia que reservaba Dios para la ley del amor y de la gracia. Un Christiano instruido en la historia de este pueblo encuentra tambien á cada paso una señal sensible de los altos designios de su Dios; pero la infidelidad y los pecados freqüentes de la mas indócil é ingrata de las naciones ofrece á su consideracion una muestra de los castigos terribles del mas jus-

to y poderoso de los Reyes. Por tanto, hermanos míos, si la atención de Dios sobre el pueblo Christiano nos llena de tanto consuelo y confianza, ¿podremos desconocer su justicia contra los infieles que desprecian su clemencia y ultrajan su bondad?

ii. Sigamos pues al Apóstol en la comparación que nos hace de las figuras del antiguo testamento con los sucesos del nuevo: de los pecados del pueblo de Dios con los de la mayor parte de los Christianos, y de los castigos que dió á Israel, con los que tiene reservados á los que deshonran con sus obras esta calidad augusta de hijos suyos.

Las primeras palabras de esta Epístola nos dan la idea de una verdad muy importante: no quiero que ignoreis, dice el Apóstol; que nuestros padres estuvieron todos debaxo de la nube, y todos pasaron la mar. En efecto, si estudiásemos atentamente, hermanos míos, en las divinas Escrituras los rasgos de sabiduría, de providencia, de justicia y misericordia que manifestó Dios de una manera tan milagrosa; no llegaríamos á olvidarle con tanta facilidad, ni murmuráramos de sus designios,

ni blasfemaríamos de sus misterios, ni seríamos tan insensibles á sus amenazas y promesas. Por tanto conviene meditar estos libros sagrados, porque ellos sin duda estan escritos para nuestra instrucción, á fin de que adoremos y reconozcamos la conducta admirable del Señor.

Nuestros padres estuvieron todos baxo la nube, pasaron el mar Roxo, y recibieron un género de bautismo que baxo la conducta de Moysés les daba el derecho de comer una misma vianda, y beber una misma bebida; pero esta bebida y esta vianda, que segun la letra solo eran un alimento común y ordinario, segun el espíritu presagiaban los consuelos que Jesu-Christo reservaba para su Iglesia. Esta piedra de donde bebían los Judíos, como Dios empleaba para la salud, la protección y el consuelo de este pueblo, era la figura de Jesu-Christo. La nube obscura para los Egipcios, y luminosa para los Israelitas figuraba su Evangelio: el mar Roxo que ofrece un libre paso al pueblo Judío que iba huyendo de la esclavitud, figuraba la gracia santifican-

te que nos protege y salva en el bautismo por la virtud de la sangre de Jesu-Christo. La vianda, la bebida y todo lo que Dios destinaba para la subsistencia de este pueblo, no era sino una sombra de la mesa deliciosa del altar que Jesu-Christo ha establecido en su Iglesia, donde se come un alimento incorruptible, cuyo efecto debe durar hasta la eternidad; y se bebe una bebida que apaga enteramente la sed. Sobre todo Moysés, este siervo fiel, este conductor valeroso del pueblo Judío, este hombre el mas pacífico y dulce de los hombres, segun el testimonio de la divina Escritura, y el mas zeloso por la gloria de su Dios; este hombre que para salvar á Israel atrae sobre sí el anatema y el furor de este mismo pueblo, á quien hace tantos beneficios, tiene la semejanza mas perfecta con Jesu-Christo que solo viene para hacer la voluntad del Padre que está en los cielos: que no se atribuye otras qualidades, ni otros títulos, ni otras virtudes que las de la paz y la humildad: que muestra por la ley de su Dios un zelo que le devora, y que muere al fin sobre el calvario cargado de los pecados

del pueblo. En efecto, no hay una mayor semejanza, y así el Apóstol nos demuestra que todos estos pasages estan escritos para nuestra instruccion. Tambien estan escritos para nuestro consuelo, porque vemos en ellos que el amor de Dios por nosotros excede sobre manera á su amor por el pueblo de Israel, y que nuestros misterios han triunfado sobre las figuras que los anunciaban. Estan escritos para nuestra edificacion, porque en la descripcion de estas figuras con su cumplimiento encontramos los motivos de nuestra fidelidad y de nuestro amor. Estan escritos para nuestra correccion, y quizá para nuestra condenacion, porque los castigos que Dios fulminó contra su pueblo son la figura de los que reserva á los pecadores; así como los prodigios que hizo en su favor lo son de los milagros que obra entre nosotros. Por esta causa el Apóstol en la continuacion de esta Epístola contraponen los desórdenes á que se abandonó el pueblo Judío en diferentes épocas con los castigos que experimentó.

De muchos de ellos, dice el Apóstol, Dios no se agradó: por lo qual fuéron

postrados en el desierto. Por esto ni el título de pueblo de Dios, ni los prodigios obrados en favor suyo, ni los nombres de Abraham, Isaac y de Jacob, ni las continuas oraciones de Moysés fuéron motivos bastante poderosos para substraerlos de la justicia de un Dios tan inmutable en su ira como en sus misericordias. El nombre de Christiano, la sangre de Jesu-Christo, los méritos habituales, su perpetuo sacrificio, y tantos otros medios eficacísimos para con Dios serán tambien impotentes para dexar impune al pecador; y el Señor en el día de sus venganzas hará el discernimiento del Christiano orgulloso que insulta su justicia, y del fiel que implora su misericordia.

Mas todas estas cosas, prosigue el Apóstol, fuéron hechas en figura de nosotros, para que no seamos codiciosos de cosas malas, como ellos las codiciaron. El Apóstol empieza este detalle por los pecados del corazon. Dios castiga en Israel hasta la memoria que conservaban los Judíos del Egipto; hasta el desprecio y el descontento exterior que experimentaban de los pecados que cometieron ántes de introdu-

cirlos en la tierra de promision. Si con tanta rectitud trataba á un pueblo carnal, para quien era una recompensa la posesion de los bienes de este mundo, á quien no le estaba prohibido amarlos y procurarlos: ¿quál será su atencion y su solicitud para investigar y escudriñar los pensamientos, las inclinaciones y los deseos de un Christiano? ¿Con qué severidad no castigará á todos los que, segun la expresion del Apóstol, tienen su corazon lleno de iniquidad, de rapiñas, de adulterios, y de tantos otros delitos? Esos miserables hipócritas que con un exterior tan virtuoso tienen su alma tan llagada ¿no sufrirán castigos eternos?

Pero si así prohíbe Dios los simples deseos, ¿quánto mas las acciones que en sí mismas llevan un carácter de reprobacion? No os hagáis idólatras, dice San Pablo, como algunos de ellos. En efecto los Judíos, á exemplo de las Naciones sus vecinas, se postraban delante de unos ídolos mudos é insensibles, adoraban á Baal, y á Moloch, y acostumbrados así á la idolatría, trabajaban con sus propias manos los vasos de oro para que sirviesen á su culto, con desprecio y abandono del verdadero Dios.

El avaro que junta y guarda sus riquezas, el ambicioso que aspira á los mayores puestos, el hombre sensual que procura satisfacer sus detestables apetitos, el colérico que solicita poner en execucion sus resentimientos y venganzas, el mentiroso, el perjuro, el destructor, el hipócrita, todos estos se forman de sus vicios otras tantas divinidades á quienes adoran y consultan con imprudente preferencia á la ley de Dios. Temamos, hermanos míos, porque de nosotros puede sin duda decirse lo que está escrito del pueblo Judío: se sentó á comer y á beber, y se levantaron á jugar. ¿No se ve en efecto en su conducta una vida animal y carnal que lo refiere todo á sus sentidos, y nada á Dios de quien proviene todo el bien? ¿Este pueblo no es la figura mas sensible del mayor número de Christianos ocupados siempre en la vida presente, refiriendo todos sus cuidados á procurarse una suerte feliz, y prefiriendo sus placeres y su reposo á las obligaciones y respetos que deben á su Dios? De aquí se derramaban los Judíos en toda suerte de excesos. Ni fornicáramos como algunos de ellos fornicáron, y mu-

riéron en un dia veinte y tres mil. Pero nosotros, hermanos míos, ¿no los imitamos? Este pecado vergonzoso que el Apóstol ni aun quisiera que se nombrase entre los Christianos, ¿no se multiplica con increíble celeridad? ¿No se ha llevado en estos dias á un punto de delicadeza y refinamiento que debe ciertamente avergonzarnos? ¿Se reconoce alguna vislumbre de pudor en esta época triste? ¿Los mismos padres no sacrifican, con harto dolor de las personas piadosas y castas, los frutos de sus entrañas? ¿No se hace gala de la sensualidad, de los trages indecentes, de los fatales lazos que las gentes del mundo arman á la juventud? No tentemos tampoco á Christo como algunos de ellos lo tentaron, y fuéron muertos por las serpientes. La Providencia se dexa sentir, hermanos míos, con tantos beneficios como nos procura; pero sin embargo no confiamos jamas en sus cuidados paternales, ni la referimos nuestros sucesos, ni contamos mas que con nuestra propia industria. Si un Angel del cielo baxase para acallar las murmuraciones y confundir á los murmuradores, ¿no debería exterminar un gran número de

reconocieses siquiera en este tu día,
lo que puede traherte la paz! mas
ahora está encubierto de tus ojos.
Porque vendrán días contra tí, en que
tus enemigos te cercarán de trinche-
ras, y te pondrán cerco, y te estrecha-
rán por todas partes: Y te derriba-
rán en tierra, y á tus hijos, que están
dentro de tí, y no dexarán en tí pie-
dra sobre piedra: por quanto no
conociste el tiempo de tu visitacion.
Y habiendo entrado en el templo,
comenzó á echar fuera á todos los
que vendian, y compraban en él, di-
ciéndoles: Escrito está: Mi casa,
casa de oracion es. Mas vosotros la
habeis hecho cueva de ladrones. Y
cada día enseñaba en el templo.

INSTRUCCION.

El Dios que los Profetas habian
pintado como un cordero mudo baxo
la tixera del esquilador, y como un
hombre pacífico que no rompería la ca-
ña quebrantada: el Dios que Zacarías
miraba como un Rey lleno de dulzura

y clemencia para regir y gobernar su
pueblo, hoy se ve despreciado, perse-
guido y ultrajado; y sin embargo so-
lo manifiesta á sus enemigos los testimo-
nios de la mayor ternura y bondad. Je-
rusalen le desconoce, y solo piensa en
los medios de perderle; y á pesar de sus
pérfidas maquinaciones y malos deseos
se interesa por su salud, y vierte lágrí-
mas amargas para demostrar la parte
que toma en su suerte.

Esta circunstancia, hermanos míos,
de la vida de Jesu-Christo es una de
las mas interesantes para nuestro apro-
vechamiento. El hombre Dios llora so-
bre Jerusalem, y profetiza los días tris-
tes que vendrán sobre esta ciudad in-
grata y desconocida á los beneficios que
habia recibido. Pero no hay dentro de
nosotros otra Jerusalem que sacaría las
lágrimas del Salvador si todavía viviese?
No hemos desconocido como ella la
voz de nuestro Dios que nos convida-
ba á la reforma de la vida, á la conver-
sion y la penitencia? En vez de corres-
ponder á invitaciones tan tiernas, no nos
hemos obstinado en el crimen? No he-
mos renovado quanto ha estado de nues-
tra parte las llagas de un Dios que ha-

Christianos que jamas viven tranquilos en el estado que el Señor les ha puesto, que se quejan de sus disposiciones, y no se conforman con las miras de su sabiduría?

Concluuyamos, hermanos míos, diciendo con el Apóstol, que todas estas cosas acontecieron á los Judíos en figura, mas fuéron escritas para escarmiento de nosotros en quienes los fines de los siglos han llegado. Y así el que piensa que está en pie mire no caiga. Por tanto velemos para que no nos tome tentacion sino humana, esto es ligera, de la que nadie se libra. Los peligros y riesgos de la vida son muy freqüentes y terribles, y como nuestra naturaleza es tan flaca, debemos cuidar sobre manera de no caer en los lazos que se nos arman por todas partes.

En estos casos recurramos á Dios, que no permitirá que seamos tentados mas allá de nuestras fuerzas. En este Señor y Salvador nuestro es donde debeis, hermanos míos, poner toda vuestra confianza. Si los trabajos os parecen insufribles, si no encontráis consuelo alguno, ni una mano generosa que os levante de la triste situacion en que os hallais, no por esto debeis perder

la esperanza, ni pensar que al cabo dominarán los males sobre vosotros. El poder y la fuerza que Dios concede al enemigo siempre es inferior á la que pone en nuestra mano, quando solicitamos su misericordia con humildad, é imploramos sus auxilios con aquella confianza propia de un hijo con su padre. Entónces hará que saqueis provecho de la misma tentacion para que podais perseverar.

Dios mio, dadnos estas fuerzas para vencer tantas tentaciones como nos presentan nuestros enemigos: inspiradnos el conocimiento de sus artificios y sus lazos: fortaleced nuestra esperanza; y de esta manera conseguiremos la victoria, y por ella una corona inmortal en la eternidad.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,

cap. 19. v. 41. 47.

En aquel tiempo: Quando llegó Jesus cerca de Jerusalem, al ver la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: ¡ Ah si tú

¿habia venido para salvarnos? Voy á presentaros en este breve discurso los motivos que tuvo nuestro Salvador para llorar; y espero que fixando en ellos vuestra consideracion, sacareis el fruto de que son susceptibles. Prestadme atencion.

Jesu-Christo se acercaba á Jerusalem pocos dias ántes de la última Pascua que debia celebrar con sus Apóstoles, y por consecuencia del grande sacrificio que debia consumir en medio de su nacion por la salud de todos los hombres. El estaba intimamente instruido de las intrigas de los Príncipes y Sacerdotes, y de las juntas que tenian para perderle. Sabia los medios indignos de que se valdrian para apoderarse de su persona, y con este conocimiento habia hablado ya á sus discípulos de este suceso en términos tan claros y precisos que no les podia quedar la menor duda. Sin embargo se acerca á Jerusalem, y apenas descubre los edificios de esta soberbia ciudad, quando se conmueve y se derrama en abundantes lágrimas. Pero ántes de tratar de los motivos que excitáron tan amargo dolor, me detendré un momento para consi-

derar que si estas lágrimas que hoy vierte Jesu-Christo llevan consigo la justificacion y la santificacion, tambien condenan la mayor parte de las que derramais en la vida. Llorais por la muerte de un amigo, de un esposo, de un padre, de un hijo, y de las personas de quienes dependia vuestra subsistencia. Llorais porque algun indiscreto descubre ciertos defectos que teniais ocultos de donde procede vuestro descrédito, y tal vez la desgracia con aquellos que pudieran valeros en vuestras pretensiones. Llorais porque vuestro enemigo es mas afortunado, y porque su prudencia inutiliza los esfuerzos que haciais para sacrificarle. Llorais porque perdeis los bienes en que cifrabais toda la esperanza, y porque os despojan de un empleo con cuyas rentas os prometiais pasar una vida mas cómoda y tranquila. Llorais porque el ídolo de vuestros amores comete alguna infidelidad, y porque á pesar de los mayores esfuerzos no podeis aseguraros de su corazon. Llorais, en fin, porque no gozáis de todos los placeres de la vida, y por los desayres que recibis algunas veces de las personas á quienes ofreceis vuestros incien-

sos. Todas estas lágrimas las reprueba Jesu-Christo, porque no proceden sino de motivos humanos, de la envidia, de los zelos, de la ira, del orgullo, y de todos los otros vicios á quienes no podéis servir como quisierais.

Jesu-Christo llora sin faltar á la justicia: sus lágrimas no son lágrimas de venganza y de furor, y aunque pudiera lanzar el rayo de su ira contra un pueblo tan ingrato, y reunir contra él todos los anatemas que el Profeta había predicho; quiere conservar hasta el último momento el espíritu de dulzura y de paz que le distinguió en la tierra, y así lo manifiestan las palabras de que se sirve para expresar el exceso de su tristeza y las disposiciones de su corazón. Ciudad desgraciada, la dice, ¡ah, si tú reconocieses siquiera en este tu día lo que puede traerte la paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos, porque te ofuscas, y desconoces las gracias que te se ofrecen, y los peligros que te amenazan.

No lloremos, hermanos míos, inutilmente sobre Jerusalem, sino ántes bien examinemos la causa de su ceguedad; instruyámonos con su exemplo,

y apliquemos las palabras de Jesu-Christo á esas almas que á fuerza de familiarizarse con el crimen ya no sienten los remordimientos de su conciencia, ni escuchan los llamamientos de la gracia, ni hacen caso de las amenazas. Si por desgracia alguno de vosotros tiene su corazón tan endurecido, le repetiré las palabras que decía Jesu-Christo á Jerusalem. Hermano mio, si en este instante que te hablo pudieras entrar á recorrer los senos de tu alma, y considerar los recursos que has tenido para salir del pecado; si pudieras decirte á tí mismo que este tu día puede traerte la paz; si supieras que tal vez el de mañana será el del Señor, que en él ostentará su justicia y sus venganzas, y que ya en aquel tiempo no podrás hacer penitencia, ni mover su misericordia; sin duda te aprovecharias de estos cortos momentos para no tentar en adelante la paciencia de tu Dios. Si tus costumbres inveteradas, si el exceso de tus desórdenes te detienen, te desalientan, te diré con Jesu-Christo: este día puede traerte la paz: este día te solicitará la gracia. Por qué causa, ya que Dios se muestra tan sensible, ya que tiene so-

bre tí designios tan favorables, por qué rehusas corresponder á sus miras? Corre, échate á sus pies, y alcanza el perdón.

Jesu-Christo no se contenta con reprehender á Jerusalem su insensibilidad, sino que tambien la amenaza con males espantosos, y capaces por sí mismos de hacerla conocer todo el peso de su iniquidad, si su ceguera no llegara á su colmo. Vendrán dias, la dice, contra tí, en que tus enemigos te cercarán con trincheras, y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes, y te derribarán en tierra, y á tus hijos que estan dentro de tí, y no dexarán en tí piedra sobre piedra. ¡Qué predicciones tan tristes, hermanos míos! ¿Sabeis que la ruina de Jerusalem y la dispersion de sus habitantes verificarán muy pronto este oráculo divino? Pero temblariais si hiciese el detalle de las desgracias que Dios traxo sobre esta ciudad para vengar la muerte de su Hijo. Desde luego empezaron á divulgarse funestos presagios que infundiéron la consternacion en todos los espíritus. Despues se dividió el pueblo en diferentes facciones, y se cometieron los

excesos mas vergonzosos, las injusticias y las crueldades mas horribles. Las guerras civiles despedazaron esta ciudad infame aun ántes que los enemigos viniesen sobre ella. Sin embargo estas eran débiles señales de las desgracias que iban á sufrir. Los exércitos Romanos la cercan y tan estrechamente que no pueden recibir socorro alguno. Entónces el hambre devora sus entrañas, y los mas fuertes se valen de su poder para arrancar de la mano de los débiles los alimentos que se habian reservado: la abominacion se introduce en el templo: ya no se escucha la voz de la naturaleza: las madres hambrientas sofocan el grito de la sangre y de la humanidad, y se alimentan con la carne de aquel que han llevado por un tiempo en su seno: algunos soldados estimulados de la avaricia y del hambre se pasan al campo de los Romanos, despues de haberse tragado todo el oro que tenían en sus casas, y Dios que con mano fuerte persigue y castiga á este pueblo sacrílego, permite que descubierto su artificio sea causa de la muerte de estos desertores por la codicia del soldado que busca los tesoros hasta en sus entrañas. Tales son

los efectos que produce el hambre que se ven precisados á alimentarse y comer sus mismos calzados, y los animales mas inmundos. En otros tiempos de calamidad se habian visto en Israel armarse el hermano contra el hermano; pero habia quedado siempre en el corazon de las madres aquella sensibilidad natural que no pueden despojarse sino renunciando á la naturaleza y á la humanidad; pero aquí ahora se traspasan todas las leyes, y solo se procura satisfacer la urgente necesidad. Desde los tiempos del Profeta Eliseo no habia producido esta tierra desgraciada crímenes tan horribles como los que se viéron en este instante de desolacion. Roma sabidora de tales sucesos se consterna: Tito General de los Romanos informado de esta barbarie, derrama copiosas y amargas lágrimas; todo su campo testigo de tantos desastres se penetra de horror. Solo Jerusalem se mantiene insensible, y perece en su ceguera. Hermanos míos, estos son hechos que los historiadores fieles nos han transmitido como los monumentos mas terribles de la venganza de un Dios contra los asesinos de su Hijo. ¡Ah! si ellos hubieran

conocido el tiempo de su visitacion, no hubieran experimentado sin duda tan horribles desgracias! Temed, Christianos, que aunque sois los hijos muy queridos del Dios que desconoció Israel, no estareis libres de su cólera, si le desconoceis quando viene entre vosotros. ¿Pero no le habeis desconocido ya mas de una vez? Dios os visita con las afficciones, y le desconoceis con la murmuracion y la impaciencia. Los trabajos de esta vida son muchas veces los primeros recursos que emplea para convertirnos; pero si resistis la mano que os hiere; si buscáis en las criaturas los consuelos, léjos de conseguirlos, vereis que se multiplican las penas y las desgracias; ¿pero qué extraño si habeis desconocido á Dios en el tiempo que se dignaba visitaros?

○ Dios visita al pecador con la ignominia que lleva consigo su mismo pecado, y con remordimientos crueles que despedazan su corazon: le visita con los santos pensamientos que le inspira, con los avisos que le da, con los exemplos que le pone delante; pero el pecador le desconoce, y cada vez se fortalece mas en su insensibilidad. Por

estos medios, y despreciando las luces que se le ofrecen, se endurece cada vez mas, camina á largos pasos á la impenitencia y á la muerte eterna, y todas estas desgracias son una consecuencia de su obstinacion en no conocer el tiempo de la visitacion del Señor.

Jesu-Christo pues, hermanos míos, llora á las puertas de Jerusalem, y la amenaza con los castigos que os acabo de referir; pero habiendo entrado en la ciudad, camina ácia el templo, penetra en el Santuario, y le mira profanado y convertido en casa de contratación donde se compraba y se vendia. El ruido de los animales, las conversaciones tumultuosas de los mercaderes y de las diferentes personas que concurrían al mercado, hacen de este lugar de recogimiento y de silencio, un lugar de agitación y disipacion. Ya no conoce el Santuario terrible en que debia habitar la magestad de Dios, y trae á la memoria con el dolor mas vivo las promesas hechas al mas sabio de los Reyes de Israel, quando con abundantes sacrificios y religiosas ceremonias consagró al Dios de sus padres el magnífico templo que habia construido para tri-

butarle las adoraciones que tan justamente se le debian. Ya no ve aquella religiosa atencion de este Príncipe para separar de la casa de Dios todo lo que podia mancharla, y profanar su decencia, é interrumpir el silencio respectivo tan propio de este lugar sagrado. Ya no advierte en los Israelitas aquel temor que debe penetrar el alma de un fiel al acercarse al Santuario: todo se ha mudado. En este conflicto olvida por un instante que él es el Dios de quien está escrito que no se le oirá su voz para quejarse, y despojándose de aquel caracter de paz y mansedumbre que habia manifestado á la vista de los hombres, y lleno de zelo por el honor de su casa, levanta el brazo contra los profanadores, los dispersa, echa por el suelo sus escritorios y sus mesas, hace salir los animales, y les dice: escrito está: mi casa, casa de oracion es, mas vosotros la habeis hecho cueva de ladrones.

¿No aplaudis, hermanos míos, al oír este pasage del Evangelio, las disposiciones de Jesu-Christo? ¿No os indignais contra esos hombres, que sin respeto á la casa de Dios, se atreven á

convertirla en un lugar de tráfico? Pero permitidme que por un momento haga su apologia: no por esto quiero disminuir la enormidad de sus crímenes: conozco y alabo la justicia del castigo; sé muy bien que Jesu-Christo no podia guardar silencio sobre una irreverencia tan notable; y que por un exceso de clemencia y de misericordia se contenta con arrojarlos quando podia confundirlos. Sin embargo, hermanos míos, me atrevo á decir que su pecado no es de aquellos que no admiten recurso, en especial si le comparo con vuestra conducta.

Para sacar de este acontecimiento todas las consecuencias que ofrece, debemos considerar que el templo de Jerusalem era un lugar destinado, no solamente á la oracion, sino tambien á los sacrificios. Este lugar era el único en toda la Judea, donde se podian ofrecer víctimas al Señor. Para cumplir esta obligacion venian los Judíos en diferentes solemnidades hasta de las Provincias mas remotas; y parecia muy justo que encontrasen aquí los animales necesarios para los sacrificios. En efecto, ¿qué lugar habia mas conveniente para este tráfico que la lonja y el pórtico del tem-

plo? Este es el único negocio que hacen los hombres de que habla el Evangelio; pero sin embargo no les sirve de excusa. No habia llegado todavía el tiempo en que habia de profanarse este lugar santo con horribles y abominables pecados. El arca de la alianza, el altar de los holocaustos, el sitio destinado para los sacrificios y la oracion mantenian toda su integridad y su pureza; pero no obstante Jesu-Christo castiga su falta como un crimen enorme, los condena, los persigue y los arroja. Si tan severa es la conducta de nuestro Salvador con los Judíos, ¿quál seria si viniese á nuestros templos? Si por un momento he disculpado un pecado que debemos detestar pues que Jesu-Christo le castiga, ha sido para poder levantar mi voz con mas fuerza contra las profanaciones escandalosas que advertimos en la casa de Dios, y por las cuales no habeis concebido todavía el horror que merecen. ¿Acaso vuestra irreverencia, vuestros escándalos se limitan al pórtico de estos lugares santos? ¿Dexais á lo ménos á los fieles un lugar de recogimiento para la oracion, y á los Sacerdotes el Santua-

rio para ofrecer la víctima adorable? Ministros de Jesu-Christo, á vosotros apelo, decidme, ¿no se interrumpe muchas veces la santidad de vuestras funciones con espectáculos de abominacion y de horror? A pesar de todo vuestro cuidado para conservar la devocion y el respeto, ¿no se ve turbada vuestra imaginacion con desórdenes vergonzosos? ¿no necesitais apartar la vista y el oido de muchas palabras y acciones indecentes? ¿No podré, Christianos, decir con Jesu-Christo que haceis de la casa de Dios una casa de tráfico, y una cueva de ladrones? ¿Qué le responderéis en el dia de sus venganzas quando os haga cargo de los homenajes que le habeis quitado, de los corazones que separais de su servicio, de las almas que perdeis con vuestros exemplos, de las gracias que despreciais, y de los misterios que habeis profanado? No quisiera, hermanos míos, ofender los oidos castos y christianos con el detalle de la profanacion que se hace de nuestros templos; pero es preciso decirlo en alguna manera, por lo que interesa vuestra correccion: aquí es donde formais las amistades mas peligro-

sas: aquí donde contratais los tratados mas ilícitos: aquí es donde cometeis todo género de irreverencias. ¿Qué diré de las jóvenes que se presentan en esta casa de recogimiento y de oracion con atavios tan indecentes, con acciones tan descompuestas, con miradas tan atractivas? ¿No es este lugar sagrado donde hacen tal vez el tráfico de sus mismos cuerpos? ¿Me horrorizo, Christianos! ¿No podré decir que haceis de nuestras Iglesias unas cuevas de ladrones, no solo porque recusais á Dios la adoracion que se le debe, sino porque robais al próximo su inocencia, este depósito tan precioso como raro en estos tiempos? ¡Ah! Si viniese Jesu-Christo, ¿no podria arrojar con sobrada justicia estas gentes impuras? Venid, Señor, y purificad vuestro templo.

La casa de Dios es una casa de oracion, y por tanto exige todo nuestro respeto. En efecto, hermanos míos, esta es una verdad escrita por el dedo de Dios mismo, como si dixese: vuestro Dios ha tenido á bien que se le erigiese un templo; se ha dignado llenarle de la dignidad de su presencia; ha prometido sus auxilios y su gracia á todos los que

le presenten en él su corazón; y ha consiguado en alguna manera estas promesas en el libro donde se han escrito los prodigios de su misericordia, á fin de que su pueblo tuviese siempre á la vista una prenda de su bondad. Por tanto quando entreis en el templo considerad que es la casa de oracion, es decir, que vuestro Dios está siempre presente en ella para escuchar vuestros votos, y que es muy compasivo y misericordioso para dispensaros los socorros que le pedis. En esta casa de oracion podeis llorar con seguridad, preguntarle en vuestras dudas confiados en que dará pronta respuesta, y exponerle con fe las enfermedades y trabajos que padeceis. En esta casa debeis presentaros con devocion y respeto, y salir con utilidad y con fruto. No salgais pues de esta casa sin hacer á Dios una santa violencia: quizá se manifiesta sordo á vuestras voces por causa de las irreverencias pasadas; pero ya que en efecto este es un motivo poderoso para que no os atienda, trabajad ahora para que conozca la reforma, y mostradle que venis á postraros á sus pies conducidos por la fe.

Dios mio, ya que habeis prometido vuestra asistencia á todo el que os implora, aquí teneis unas miserables criaturas que se postran á vuestros pies para pedir os perdon de sus escándalos, y de las profanaciones que han hecho de vuestro templo. Si por nuestros pecados somos los hijos de vuestra ira, acordaos que en este lugar somos los hijos de misericordia; enseñadnos á temblar quando nos acercamos al Santuario: inspiradnos el recogimiento, la compuncion y la confianza á los pies del trono de vuestras gracias; haced en una palabra, que el buen uso de esta casa de oracion nos conduzca al templo augusto de vuestra gloria, en donde podremos bendeciros por toda una eternidad. Así sea.